



A 100 años del Seminario San José de La Plata, El desafío de formar sacerdotes para la nueva evangelización

A Hundred Anniversary of the Seminary "Saint Joseph" of La Plata
The challenge of forming priests for the new evangelization

Pbro. Rubén Revello

revello@uca.edu.ar

Instituto de Bioética de la UCA – Banfield – Argentina

Resumen

Una contundente reflexión sobre el Seminario, en su centenario de fundación. El padre, ex docente de la casa, nos pasea por el origen entusiasta en la formación de los primeros sacerdotes, hasta la importancia que tuvo el Concilio Vaticano II en la asunción de un nuevo seminario que apunte al sacerdocio que el Pueblo de Dios necesita. Por último, precisa los elementos que el seminarista necesitará para cultivar su formación en estos tiempos desafiantes: La necesidad de cercanía con Dios, el obispo, la comunidad sacerdotal y el Pueblo. Es fundamental la creatividad, la personalización, el autoconocimiento y el amor a la Iglesia en intimidad con Dios. Y "Por sobre todas las cosas un gran amor por las personas, porque el amor es el lenguaje que todo ser humano conoce perfectamente".

Palabras clave: seminario, formación, historia.

Abstract

A forceful reflection on the Seminary, in its centenary of foundation. The father, a former teacher of the house, takes us through the enthusiastic origin in the formation of the first priests, up to the importance that the Second Vatican Council had in the assumption of a new seminary that aims at the priesthood that the People of God needs. Finally, he specifies the elements that the seminarian will need to cultivate his formation in these challenging times: The need for closeness with God, the bishop, the priestly community and the People. Creativity, personalization, self-knowledge and love for the Church in intimacy with God are fundamental. And "Above all, a great love for people, because love is the language that every human being knows perfectly well".

Key words: seminary, formation, history.

Recibido: 19/03/2022

Aceptado: 19/03/2022

Publicado: 25/11/2022





Introducción

Quiero agradecer a las autoridades del seminario por esta invitación que me hacen a presentar la *lectio brevis*. Si bien no soy egresado de esta prestigiosa casa de formación he pasado por sus aulas como docente durante varios años. El Papa San Juan Pablo II decía que “quien trabaja con jóvenes se mantiene joven” y ésa es precisamente mi experiencia como docente que fui en estas aulas. Siempre es desafiante, y lleva a renovar la propia vocación, compartir con los jóvenes aspirantes al sacerdocio que sueñan con una Iglesia más viva y cercana, más apostólica y testimonial. Sus inquietudes, sus dudas, sus luchas por cambiar lo que entienden son estructuras caducas y sus ensayos pastorales que hacen de un seminario un verdadero laboratorio donde se gesta el futuro de la Iglesia.

Decían los viejos maestros de oratoria que siempre es una cortesía hacia quienes nos escuchan, presentar en el comienzo la estructura básica que se va a desarrollar en la exposición (aunque sea al menos para saber cuánto falta para que hombre termine). Esto es lo que voy a tratar de presentarles ahora según un criterio estrictamente cronológico:

1. 100 años de existencia supone ser *herederos de un pasado*.
2. Al mismo tiempo vivimos aquí y ahora como *constructores de un presente*.
3. Pero lo más importante es asumir que vivimos *desafiados por el futuro*.

Herederos de un pasado

Pensemos quienes éramos en 1922. Un país muy próspero y rico que, generoso y fecundo, recibía a familias enteras de europeos que venían escapando de la Primera Guerra mundial y que soñaban con “la América” como la llamaban. Detrás de ese sueño de paz y abundancia dejaban su tierra, sus historias personales, para enraizar en una nueva patria. Empujados por el hambre, la búsqueda de un lugar seguro y el acceso a la tierra, llegaron a nuestro país familias mayoritariamente católicas: españoles, italianos, irlandeses, franceses, alemanes, eslovenos, todos ellos con una fe profunda y una práctica religiosa sincera. Estas familias, que solían ser muy prolíficas, eran también un caldo de cultivo apto para que florezca una vocación, la cual era estimulada y acompañada por el entorno familiar.

Solo en un contexto de riqueza vocacional puede entenderse un edificio como éste, hecho a lo grande, con tantas habitaciones, aulas, salones, biblioteca, teatro, zona de deportes.... Riqueza vocacional y una virtud hoy escasa en la Iglesia: la MAGNIFICENCIA. Digámoslo ya: quienes planearon, proyectaron y realizaron esta casa de formación sacerdotal, no les temían a las grandes cosas. No empezaron con una casita para emparcharla y agrandarla poco a poco como hacemos con tantas capillas y edificios de la Iglesia, se lanzaron al ruedo aspirando a lo mejor. Quizás debido a esa audacia y a la generosidad de las familias que favorecían el surgimiento de vocaciones, la Divina



Providencia concedió a la nueva Arquidiócesis los elementos necesarios para poder construir este seminario.

Sin embargo, un seminario es un proyecto muy grande, que no solamente requiere de vocaciones abundantes y de una estructura funcional y contenedora, el seminario son también los profesores con alta calificación académica, docentes de corazón que amen a Dios y quieran obrar conforme a las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, también son los formadores que deben poseer un corazón sacerdotal y por lo tanto paterno y fraterno. En este sentido, el seminario “San José” puede sentirse orgulloso de la larga lista de docentes destacadísimos que animaron sus aulas y transformaron a este lugar en uno de los mejores centros de formación filosófica y teológica, no solo del país, sino de la región. La sola mención de profesores como Derisi (referente de la filosofía y la teología, fundador y nervio de la UCA), Ciliberto (y su intento de sintetizar la filosofía contemporánea), Straubinger y Levoratti, (biblistas de excelencia, cuyas versiones de La Biblia, siguen siendo fuente de consulta y difusión de La Palabra), y tantísimos otros que injustamente no traigo a la memoria, solo impulsado por la urgencia de avanzar en esta exposición, los cuales se han ganado su propio lugar en la historia de la formación de las generaciones que pasaron por aquí.

En base a los datos aportados hasta el momento, podemos intentar un perfil del sacerdote que se buscaba: en primer lugar, debía ser un hombre sólido, sin fisuras efectivas (esto lo aportaba la buena madera familiar) y el seguimiento cercano de los formadores y los directores espirituales. en segundo lugar, debían ser personas de oración con ciertos hábitos adquiridos (por ejemplo, la Santa Misa diaria, participación comunitaria de la liturgia de las horas, el rezo del Rosario, los retiros espirituales frecuentes, etc.) En este marco espiritual se inscribe también el amor por una liturgia que debía ser austera y cuidada.

En tercer lugar, debía contar con la formación académica necesaria para desarrollar su tarea pastoral y llegar a ser un punto de referencia para las comunidades a las cuáles iban a servir: una filosofía que ayudaba encontrar argumentos y a presentarlos de un modo claro, una teología que inspirase a la pastoral cotidiana y que pudiera volcarse en homilias que fueran sencillas y profundas. Se buscaba también un sacerdote, que sin falsas afectaciones fuese una persona culta, interesado por las artes, atento a la situación política, capaz de dialogar con el campesino o el obrero, tanto como con el político o el médico del pueblo.

Podríamos decir, como me enseñó un sacerdote alemán “*había que ser al mismo tiempo caballo de tiro* (capaz de empujar una carreta) *y caballo de carrera* (mucho más refinado para temas que requerían mayor delicadeza)”.

Y de este modo, el esquema funcionó eficazmente durante muchos años. Siempre hubo “acentos personales”, algunos más inclinados a la vida intelectual, otros más



dotados para el duro trabajo pastoral, pero eran como dialectos de un mismo y único idioma, donde se hablaba de Cristo y se amaba a la Iglesia; donde cada uno valoraba la capacidad del otro y lo admiraba, sea por la profundidad intelectual de algunos que permitía avanzar en las reformas de la parroquia, sea por la aplicación concreta “en la trincherita” de esos párrocos admirados y queridos por las comunidades a las cuales servían, quienes les otorgaban una gran autoridad personal.

Constructores del presente

Pero un seminario, como cualquier institución, no puede vivir solo de las glorias del pasado... A mitad de camino, por los años 70' la Argentina era otra, la Iglesia era otra, la realidad pastoral era otra, y lógicamente, la formación de los sacerdotes debía acompañar estos cambios que los preparasen para “los nuevos tiempos”.

Aproximadamente a mitad de estos cien años (1965-70) ocurrió un evento eclesial cuyas repercusiones refrescaron el rostro de la Iglesia y cambiaron el perfil del sacerdote que se proponía: el Concilio Vaticano II. Es imposible pensar el presente, si no es en el contexto de los frutos del concilio. Este paso del Espíritu por el corazón de la Iglesia, precedido por los nuevos aportes de la teología bíblica y patristica, la historia de la Iglesia y la pastoral litúrgica logró encarnar el principio de una Iglesia “*Semper ídem et Semper renovanda*”. Para ello, como el buen maestro, tomó “*de lo nuevo y de lo viejo*” y se animó a replantear su propia identidad: su presencia frente al mundo, la relación con las otras iglesias cristianas, el lugar de los laicos, de la vida religiosa, el rol de los Obispos y UNA IDENTIDAD SACERDOTAL EN DIALOGO CON EL MUNDO ACTUAL.

Por supuesto que la formación sacerdotal y la vida de los seminaristas, también fue replantada. Eran tiempos novedosos donde los seminarios tridentinos parecían ser demasiado grandes y anónimos para la formación personalizada que se esperaba. Se ensayaron nuevas y pequeñas comunidades de formación sacerdotal, insertas en las propias diócesis (algunas compartiendo la formación filosófica o teológica en los grandes seminarios) otras ensayando con los recursos propios, una formación en algunos casos menos académicas pero que priorizaba la identidad diocesana.

Como siempre los cambios traen nuevas posibilidades, pero también sacuden las estructuras y la Iglesia no fue la excepción. Para combatir una pastoral fuertemente clerical, no pocas veces se cayó en una secularización de los sacerdotes, que deseosos de acercarse al Pueblo de Dios, terminaron perdiendo su propia identidad y vocación. Algunos referentes diocesanos abandonaron el sacerdocio y otros se dejaron llevar por propuestas socio políticas de modo tan intenso, a las cuales se embanderaron con tal pasión y entrega, que perdieron la mirada sobrenatural de su sacerdocio.



Eso generó extremos y divisiones que irrumpían a cada paso: algunos refugiándose en una mística desencarnada que brindaba el abrigo de un pasado, al menos conocido. Para ese sector, la imagen del sacerdote diocesano era percibida con un fuerte acento moralizante y litúrgico, un auto proclamado “resto fiel” que se cerraba a toda novedad por identificarla con “lo mundano”. El grupo alternativo, acentuando la pastoral de convivencia, también cayó en exageraciones en la liturgia, la vida pastoral y el compromiso social (que para muchos era sinónimo de una opción política determinada y en alguna situación excepcional, incluso llegó a las armas).

En medio de esta división que atravesaba el corazón de la Iglesia, ella como el Buen Pelicano, alimentaba a sus hijos con lo mejor de su propia sangre. Surgen así documentos del Magisterio en América Latina como Medellín, Puebla y Aparecida, que leen evangélicamente la situación social de nuestro continente y lo iluminan desde la fe, es decir con soluciones nuevas, con un deseo de continuar con el Magisterio y evangelizar a la región con un oído en el Pueblo y otro en el Evangelio, como decía un venerable obispo argentino.

Los seminarios y el proyecto de un ideal sacerdotal se vieron naturalmente conmovidos y se ensayaron, “modos nuevos, para los tiempos nuevos”.

Hoy esa herencia logró alcanzar un cierto equilibrio en el péndulo de la historia, para plasmar una formación académicamente sólida, una personalidad humana estable y sana, junto con una espiritualidad sincera, que supere el ritualismo tanto como la improvisación en la liturgia. El ideal del sacerdote es el “*hombre de Dios*”; amigo, hermano y padre (como decía Pablo VI); discípulo de Cristo y por esto mismo misionero, en una Iglesia en salida (hermosa expresión que nos regaló el Papa Francisco); que aprecia las estructuras eclesiales (parroquia, decanato, diócesis) pero que lo hace con tal intensidad y compromiso que es capaz de detectar, junto a su comunidad, cuales se han vuelto caducas y solo son una rémora que dificulta seguir los caminos del Espíritu. Que aprecia las tradiciones y al mismo tiempo, es capaz de crear nuevas (como refería el Papa Juan Pablo II de sí mismo).

Este rumbo actual que describo, por supuesto que no presenta una unidad monolítica, siempre cuenta con satélites periféricos (más conservadores algunos, más progresistas, otros), que se sienten unidos a la Iglesia por la nostalgia o por no constituir una masa crítica con peso propio. Como todo satélite, son, como acabo de decir, periféricos y externos, condenados a dar vueltas, sin otro protagonismo que algún relumbrón aislado, como las fases de la luna. En fin...nada de qué preocuparse...

Como siempre sucede, existen los “midrash” que reinterpretan al Magisterio y que, en lugar de ser dóciles a él, intentan domesticarlo “atándolo al propio palenque”. Surgen de ese modo modelos simplones y, por lo tanto, necesariamente superficiales, que ponen el acento en el modo de vestirse como si eso fuese una solemnísima declaración de



principios, pero que en la realidad queda reducido a la comicidad trágica de tener que optar entre sotana vs. bombacha de campo.

Mientras tanto ...el Pueblo de Dios camina “como ovejas sin pastor” ... buscan referentes respetables que les hablen de un modo nuevo “como quien tiene autoridad”, que los “conozcan por sus nombres y que, a su vez, ellos lo conozcan por su voz”. A la gente no le importan esas cosas, quieren pastores cercanos, santos, preparados, que los puedan aconsejar en los momentos de dudas, que los contengan en sus heridas y crisis, que se alegren con ellos desde el llano, que los inspiren con sus vidas, que no presenten fisuras. ¡Y son tan buenos que soportan los distintos modelos sacerdotales a condición de que sean hombre de Dios!

En el caso del clero diocesano, esperan también estabilidad: que sean “nuestro cura”, “el sacerdote de nuestra familia”, el que representa ese misterioso y frágil hilo que enhebra la vida espiritual y sacramental de la familia. Que bautizó, dio la Comunión, confesó, casó y volvió a dar la vuelta a una nueva generación. Es la persona de confianza que escuchan en los litigios, la persona a la cual vuelven después del desvarío adolescente, el hombro en el que lloran los recios, la mano en el hombro del solo y desamparado.

¿Podrán preguntarme “dónde está escrito que las cosas deban ser así?” y yo les respondería, en este corazón sacerdotal de 33 años, que late en mi pecho, escrito con la dolorosa caligrafía de las cicatrices propias y ajenas: lean allí lo que el Pueblo de Dios espera de un cura.

Desafiados por el futuro

La nota propia de nuestro tiempo es la aceleración creciente con la cual cambia la sociedad. Lo que antes tardaba siglos en mutar, hoy varía en dos o tres años. Y no me refiero a modas, sino a estructuras sociales, paradigmas científicos, concepciones fundamentales como persona, género, familia. Byung Chul Han, en su libro “la sociedad del cansancio”, sostiene que pasamos de la sociedad del deber (con principios éticos) a la sociedad del hacer, donde nada limita mi obrar (La sociedad del cansancio, 2017). Esta aparente liberación de los principios éticos lleva al agotamiento de estar constantemente haciendo cosas nuevas, para demostrar que mi voluntad no tiene frenos o condicionamientos. Si lo que me define no es la estabilidad del ser (la ontología, que en el caso del ser humano es apertura a la metafísica), sino el hacer, entonces debo estar constantemente haciendo cosas, rompiendo barreras para demostrar que todo lo puedo para afirmar mi condición humana.

Cabe preguntarse entonces si sigue teniendo sentido la vida sacerdotal y, en consecuencia, las casas de formación sacerdotal, como este seminario. A cien años de su existencia: ¿No debiéramos dejar de luchar, bajar la cortina y sumarnos al carnaval de la



vida o volver a la *fuga mundi* y alejarnos como Jonás a un lugar seguro para contemplar la destrucción de esta nueva Nínive?

¡Reconozco que es una tentación muy atractiva, pero como toda tentación no es un pensamiento de Dios y debemos rechazarla! Cuando más confuso y embravecido está el mar es cuando más útil se muestra un faro -este es el concepto que sostiene la encíclica *Lumen Gentium*-, la Iglesia como un faro, como una referencia estable que se brinda a una humanidad en constante cambio.

¿Y cómo formar para el cambio? Porque el muchacho que entró en el en ese corto período seminario, no es el mismo que es ordenado sacerdote, él cambio y el mundo en ese breve período también cambió.

Un primer dato por considerar es que las estructuras demasiado rígidas, no parecen ser las que mejor se adaptan a los cambios: rigidez y dinámica suelen dar como resultado la explosión y el quebranto. Por el contrario, la creatividad (dentro de determinados parámetros generales) es capaz de recibir, incorporar, contener y procesar esos cambios acompañando su dinámica.

Esa creatividad debe considerar cuatro anclajes irrenunciables, que son los expuestos por el Papa Francisco durante el simposio sobre el sacerdocio del último 17 al 19 de febrero en Roma. El las llamó “cercanías”, yo las llamo “anclajes” porque permiten que la creatividad no se vuelva dispersión o liviandad.

1) La cercanía con Dios. Si no somos hombres de Dios, ¿Qué somos?! La gente lo busca a Él, no a un funcionario religioso y nos lo dicen claramente “Vos, que estás más cerca de Dios, reza por mí”.

Una formación creativa no puede traicionar la esencia del sacerdocio, no significa que se abandone la cadencia de la oración que nos fija en Cristo para “partir de Él como nuestra Fuente y volver a Él como a nuestro fin”. ¿Dónde podremos diluir la toxicidad del mundo si no es junto a la fuente de Agua viva que es el Señor? Es Él quien nos permitirá buscar soluciones nuevas a las situaciones nuevas, como sucedió en las Misiones Jesuitas. Es la oración la que me permitirá ver las cosas desde Dios, haciéndome la convivencia más llevadera con la estructura de la Iglesia, mi Obispo, mis hermanos curas, mi párroco o mi vicario parroquial.

El desafío del futuro supone que quienes aquí se formen, sean académicamente sólidos, capaces de “dar razones de su fe”. Que vivan el diálogo con la cultura como un nuevo arcótipo, donde anunciar al Dios desconocido. La carencia de formación y el desprecio de la vida intelectual, genera “curas de Misa y olla” como dicen en España. Cuya ignorancia se traducirá socialmente como una Iglesia que no tiene respuestas. La falta de formación intelectual conduce a dos extremos igualmente peligrosos: de un lado un fundamentalismo que responde machaconamente las mismas cosas sin comprender



que las preguntas que se les hace son otras; del otro lado respuestas disparatadas de payadores populistas que hacen sonrojar al mismísimo Santos Vega. Para improvisar (y el futuro nos va a exigir cada vez más improvisar) hay que ser un concertista con una gran formación a fin de no desafinar. Quien esta sólidamente formado, puede distinguir entre lo importante y lo accesorio, entre los fines y los medios, para saber así qué aspectos pueden ser replanteados y aún dejados de lado, y cuales son esenciales y, por lo tanto, irrenunciables.

2) la cercanía con el Obispo. Un principio de la Iglesia atribuido a San Ignacio de Antioquía reza: “dónde está el obispo, está la Iglesia”. Esta afirmación, tan austera como contundente, sintetiza el necesario anclaje junto a él. El Papa Francisco afirma al respecto “*Obedecer, en este caso al obispo, significa aprender a escuchar y recordar que nadie puede pretender ser el poseedor de la voluntad de Dios, y que ésta sólo puede entenderse a través del discernimiento*” (Francisco, 2022). Él debe ser el garante de la eclesialidad, escuchando, discerniendo, pastoreando y misericordeando a los sacerdotes.

Cercanía que no puede ser unilateral, que es encuentro sincero de voluntades, de hombres adultos que se respetan y valoran mutuamente, de colaboradores que se aprecian y ven en el otro un don de Dios para sí mismo. Este anclaje particular, nos mantiene adheridos a la Iglesia, de ahí la importancia que tiene no cortarse solo, no ser un francotirador pastoral. Por otro lado, el obispo debe vivir la cercanía con su clero, eliminando los formalismos innecesarios, valorando la colaboración sincera de los sacerdotes, haciendo las consultas que el mismo derecho canónico recomienda hacer antes de tomar decisiones de particular gravedad. Un obispo tal vivirá con su ejemplo, una cercanía que no cuestiona su autoridad, sino que la exalta.

El seminario del futuro inmediato debe ser canal de comunicación entre el obispo diocesano y aquellos que serán sus colaboradores más cercanos. Para ellos su presencia en la casa de formación deberá ser espontánea y frecuente, no vivida como una inspección de rutina, sino como una presencia amada y paterna.

3) el anclaje en la comunidad sacerdotal. El hombre es un animal gregario, y como tal, necesita de otros, necesita de un grupo del cual sentirse parte. La ruptura con la comunidad de iguales pone en peligro la propia vocación, porque -en este caso- el sacerdote, requiere de esa comunidad de contención que lo ayude a llevar sus cruces y a curar sus heridas. ¡Cuántas buenas vocaciones hubiésemos conservado si existiese una verdadera confianza entre los miembros del presbiterio, si tuviéramos la certeza de no ser juzgado despiadadamente por mis pecados y mis debilidades!

Este anclaje se vuelve antídoto de soledades, escudo contra la soberbia, colirio contra la ceguera del fanatismo. Esto ocurre porque la comunidad de iguales es terapéutica. Por ejemplo, entre curas no hay clericalismo, porque somos iguales y si a alguno se le ocurriese creerse más que los demás, el conjunto lo volvería rápidamente a



la realidad. Por eso algunos le escapan a la comunión sacerdotal, se siente más seguros, valorados y cómodos entre los laicos, donde su condición de sacerdote “le pone tacones” a su pequeña personalidad, haciéndolo sentir un poco por encima de los otros.

Para evitar esos errores, el seminario del futuro debe fomentar desde las bases mismas, la vida en comunidad, particularmente la comunidad diocesana. Los formadores deberán procurar que los curas se sientan cómodos con el seminario y sus autoridades; que se sientan convocados y escuchados, consultados y valorados. A su vez, que los seminaristas se vayan sumando según su edad y grado de formación, a los diversos grupos de sacerdotes, que escuchen de sus experiencias, sus logros y aún de sus errores, pero no como un juez implacable, sino desde la humilde docilidad de quien quiere aprender. Se deberá fomentar una corrección fraterna, sincera y viril, que deje ver la intención benévola de quien corrige, tanto como la humilde aceptación de quien es corregido. Deberán comenzar a trenzarse aquí los lazos de confianza que les permitan abrir el corazón y compartir el propio peso con sus hermanos. Si no fomentamos esos vínculos, corremos el riesgo de lanzarlos después de la ordenación a un mundo que terminara “esmerilando” el tesoro de la vocación sacerdotal.

4) la cercanía con el Pueblo de Dios. El sacerdote es pontífice, mediador, signo de la presencia de Dios en medio de su Pueblo. Su vocación está marcada por la atención a las personas a las que tiene que amar y servir. Ambas acciones, amar y servir, indican que su vida debe estar volcada hacia los demás, qué son los destinatarios de su amor y su servicio. No se puede amar sin conocer y no se puede servir sin detectar las necesidades de aquel a quien voy a servir. Por ello, el sacerdote debe estar cerca del pueblo de Dios, para conocerlo y amarlo, para percibir sus necesidades y tratar de darles una respuesta.

Al mismo tiempo esta cercanía mantiene una distinción que no es forzada ni impuesta sí no requerida por aquellos a quienes pretendo servir. Tal fue el caso de la experiencia de los sacerdotes obreros que, en los años 50, 60 y 70 dejaron sus parroquias para ir a trabajar en las fábricas junto a sus parroquianos. Luego de aquellos años la experiencia se detuvo. Sorprendentemente, fueron los mismos obreros quienes dijeron a los sacerdotes “este no es en lugar de ustedes, los necesitamos alimentando nuestra vida espiritual, fomentando las escuelas para nuestros hijos, organizando la caridad de los necesitados”. ¿Esto habla mal de esa experiencia? No, de ningún modo, solo es un ejemplo de cómo debemos entender las cercanías.

El verdadero anclaje en el Pueblo de Dios supone tener un oído tan atento, que sea capaz de detectar el murmullo de lo dicho en voz baja, porque el Pueblo de Dios raramente grita, pero muchas veces murmura su mantra continuo y monótono de injusticias y dolores. Poder detectar lo que no se dice delante del sacerdote, pero que es un clamor a puertas cerradas. Intuir sus preocupaciones, detectar sus preguntas antes de que las formulen, anticipar los nuevos rumbos sociales y prestar la voz de la Iglesia a los que no tienen voz (Evangelium Vitae, 5)



Porque ancla en la realidad de las personas, no se precipita en propuestas pastorales descarnadas que cargan sobre las personas yugos pesados. El punto de partida es la empatía, que no busca imponer ideologías de derechas o de izquierdas, porque ellas son esquemas preconcebidos que obligan a encajar y terminan forzando la realidad, no dándole respuestas. La cercanía de la que habla el Papa es la que toma el pulso de la comunidad creyente y se conmueve por sus necesidades (*“Estaban cansados, los hizo sentar [...] y le dio de comer a una multitud”* Mc. 6, 39ss).

El seminario del futuro deberá fomentar en los candidatos al sacerdocio, esa percepción de la sociedad, sus cambios, de las tecnologías que puedan servir a la evangelización, de los novedosos vínculos que se establecen entre las personas. También deberá desarrollar en ellos un espíritu crítico, capaz de ser contracultural, de soportar con entereza los embates de esos cambios que afectan las estructuras de la Iglesia.

Conclusión

En el final de mi exposición quiero proponer un pequeño resumen de lo que deberá ser el seminario del futuro:

- 1) Creatividad
- 2) Personalización (que supere el criterio del *agire contra*)
- 3) Vida de intimidad con Dios
- 4) Autoconocimiento y autodomínio
- 5) Amor verdadero por la Iglesia, conocimiento y adhesión a su Magisterio
- 6) Confianza en el Obispo y sus hermanos
- 7) Por sobre todas las cosas un gran amor por las personas, porque el amor es el lenguaje que todo ser humano conoce perfectamente

Referencias

Byung-Chul Han. (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Francisco. (17 de Febrero de 2022). *Discurso del Santo Padre Francisco al simposio "Por una teología fundamental del sacerdocio"*. Obtenido de Vatican.va:
<https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/february/documents/20220217-simposio-teologia-sacerdozio.html>

Juan Pablo II. (s.f.). *Evangelium Vitae*. Obtenido de Vatican.va:
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25031995_evangelium-vitae.html